de S. M. las personas que iban en ellas enviando continuos vivas, quemando cohetes y haciendo otras demostraciones de placer. Hemos visto á muchas de estas, que arrojaban sus sombreros al aire, y otras en direccion de la falua, queriendo de ese modo manifestar el entusiasmo de que estaban poseidas.

Atravesó, por fin, la bahía y fué recibida á bordo con todos los honores debidos. El Señor Prefecto Político, deseoso de tomar las últimas órdenes de S. M. y de darle la postrer despedida, fué tambien al «Tabasco.» Allí la Emperatriz le manifestó, que no solo estaba complacida de la recepcion que se le habia hecho en Veracruz, síno profundamente conmovida de dejar la ciudad. Así lo hizo saber á S. M. el Emperador en un telegrama que le dirijió casi al tiempo de zarpar.

Por fin, el «Tabasco» que con muchos dias de anticipacion se habia dispuesto para recibir á la Ilustre Viajera se puso en marcha escoltado por la fragata austriaca «Dandolo.» La numerosa concurrencia que acompañó á la Emperatriz, es decir, casi toda la poblacion de Veracruz que se hallaba agrupada en el muelle y coronando las azoteas de los edificios inmediatos, tenian la vista fija en los movimientos del «Tabasco,» hasta que se hizo de la vuelta afuera.

¡Adios Emperatriz Carlota! recibid nuestros fervientes deseos porque el cielo, que os trajo á nuestra pátria, os conserve para su felicidad. ¡Adios! que prósperos vientos os devuelvan á nuestras playas, despues de cumplida Vuestra bienhechora mision.—Para Vos han sido nuestros últimos votos; que sea para nosotros, á Vuestro regreso, Vuestro primer saludo.

POESIAS ARROJADAS

SOBRE EL CARRO EN QUE HIZO SU ENTRADA

S. M. LA EMPERATRIZ.

A S. M. LA EMPERATRIZ CARLOTA.

Midiendo un tiempo su poder los Reyes
Por el espacio que tenian sus tierras,
De conquista empeñaban rudas guerras
Ansiando solo dar al mundo leyes.
Siempre al cetro la espada acompañaba,
El vasallo yacia reprimido
Y aquel grito cruel: «¡ay del vencido!»
Resonar por doquiera se escuchaba.
Ignoraban de gloria en su locura
Lo que dá solidez á una conquista:
Una arma que no hay nadie que resista,
Y es la noble bondad, es la dulzura.
Ese dominio que ellos no alcanzaron
Paseando terribles sus legiones,
Lo has obtenido Tú en los corazones
Que Tus bondades mil encadenaron.
Su carroza triunfal ornaban ellos
Con el séquito triste del vencido
Y en su rostro triunfante y engreido
Del orgullo se vian los destellos.
Tú en cambio, llegas hoy á nuestro lado
Rebosando dulzura, Tus blasones
Y Tu séquito son: LAS BENDICIONES
De un Pueblo que te aclama alborozado.

MEXICO Y SUS SOBERANOS.

Cansada, muy cansada de discordia
La siempre infortunada patria mia,
Entusiasmada dijo: ¡MONARQUIA,
Otórgame la paz y la concordia!
Oyóla Dios, y en su misericordia
A Carlota y Fernando dió por guia,
Y de entónce la Nave del Estado
A puerto muy seguro ha caminado.

A LA SOBERANA DE MEXICO.

¡Salud á nuestra Ilustre Compatriota,
Adoracion de todo mexicano!
¡Salud tambien al GRAN MAXIMILIANO!
Cuyo nombre va unido al de Carlota.
Tu Pueblo que se precia de patriota
Y que idolatra ciego al Soberano,
Esclama entusiasmado de alegría,
¡¡VIVA LA MADRE DE LA PATRIA MIA!!

A S. M. LA EMPERATRIZ.

Engalanada y llena de alegria
Celebra Veracruz hoy tu llegada,
Augusta Soberana siempre amada,
Madre del Pueblo, generosa y pia.
Si sus hijos se postran este dia
Pidiéndote les des una mirada,
Es que te adoran con respeto santo,
Porque enjugas del pobre, amargo llanto.

A S. M. LA EMPERATRIZ.

A salvar á la pátria contribuiste
Conquistando los leales corazones;
Acepta estas humildes ovaciones,
Recompensa debida á lo que hiciste.
La heróica Veracruz lujosa viste:
Orgullosa se ostenta, y sus blasones
Te rinde, Augusta y Noble Soberana
Amor de la Ciudad Veracruzana.

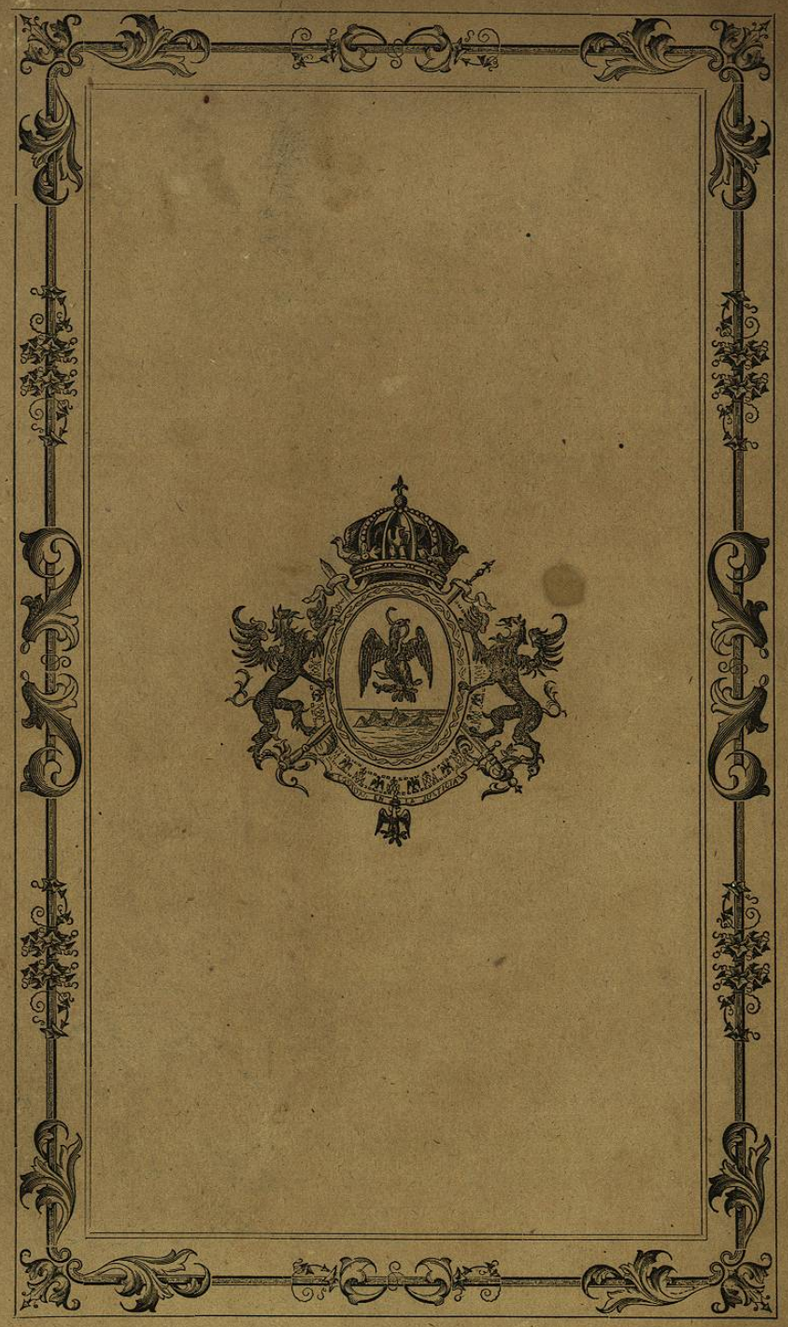
A
C
A
R
L
O
T
A

A S. M. LA EMPERATRIZ CARLOTA.

EL PUEBLO DE VERACRUZ.

Sed bienvenida, Señora,
bienvenida á nuestras playas!
Este Pueblo que os saluda,
os saluda con el alma,
pues la ficcion nunca cupo
en hijos de nuestra pátria.
Aridos somos, Señora,
cual nuestra estéril comarca,
rudos cual el viento norte
que, mugiendo con constancia,
de nuestras mares encrespa
la ola que espumosa brama.
Mas unido á esa rudeza
propia quizás de la pátria,
es tal, Augusta Señora,
tal el temple de nuestra alma;
que no sabemos de fijo
qué es lo que mas fuego irradia,
si el cariño sin igual
con que nuestros pechos aman,
ó este ardiente sol del trópico
que ha tostado nuestras caras.

Mientras que no os conocimos
tan solo, en nuestra ignorancia,
sentimientos de respeto
hácia vos nos animaban;
mas des que á nuestros oidos,
de la gratitud en alas,
llegó de vuestra ternura
y beneficios la fama;
os amamos con cariño,
con un cariño sin tasa.

Por eso en esta ocasion
os decimos, con el alma:
«Sed bienvenida, Señora,
«bienvenida á nuestras playas!»

Noviembre de 1865.